

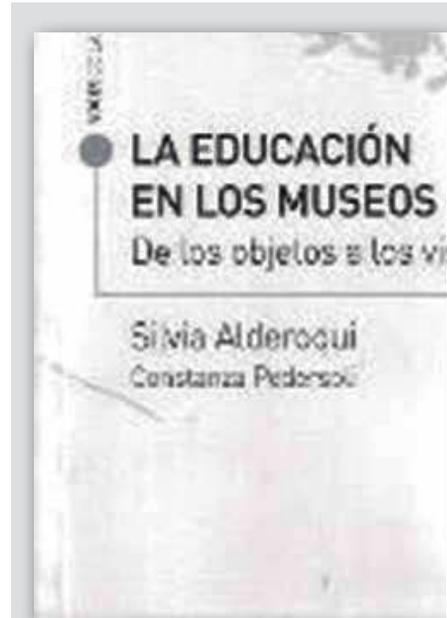
La educación en los museos: de los objetos a los visitantes. Silvia Alderoqui y Constanza Pedersoli (2011). Argentina: Ediciones Paidós, 271 páginas, ISBN: 9789501215328

Claudia Viviana Burgos
Universidad Nacional de La Plata.

El museo es una institución que, a lo largo del tiempo, ha desarrollado formas particulares de comunicación y ha generado diversos conocimientos y estrategias para divulgarlos. Para Nuria Serrat Antoli (2005), se puede afirmar que durante aproximadamente diez siglos los museos fueron casi desconocidos por la mayoría de la población: eran espacios fuera del alcance y del interés de las clases sociales medias y bajas. Habían pertenecido a los aristócratas y clases burguesas desde sus orígenes y esos grupos sociales no consideraban la posibilidad de organizar sus colecciones de objetos de forma que pudieran ser comprendidas por otros visitantes fuera de los especialistas, coleccionistas y estudiosos (Alderoqui y Pedersoli, 2011).

Nos encontramos en un momento en el que, a partir de movimientos políticos, sociales y científicos (incluido lo museológico), los museos están revisando y ampliando sus discursos, reconociendo los sesgos de sus contenidos y perspectivas, y las exclusiones que éstos suponen, a fin de incluir una mirada más abierta y plural sobre los conocimientos que difunden (Ochoa, 2008). De esta manera, se analiza cómo los museos interactúan con la sociedad, con los visitantes, qué les ofrecen y cómo. Se piensa así en democratizar los conocimientos que transmiten sin relegar la educación a un segundo plano ya que es considerada, a veces, como una función secundaria del museo, pero no menos importante en la conservación cultural.

Los museos abandonan así, no de manea extrema, su mirada coleccionista para centrarse en el visitante: como señala Volkert (1996) los visitantes tienen que encontrar en los museos algo que les pertenezca. Gracias a esta perspectiva aparecen especialistas que aportan una nueva visión al museo transformando la interacción tradicional con el público. Pero esto no es algo que simplemente ocurra, es una situación que debe ser producida. El desafío es entrar en diálogo con la experiencia del visitante y lo que el



museo quiere transmitir. De esta forma, lo que se plantea en la educación en museos es la importancia de la experiencia por la que pasa el visitante, pensando el espacio “museo” como recurso didáctico y como sitio que suma una amplia red en la que tienen lugar los aprendizajes.

Puede decirse que recién cuando en un museo se plantean los problemas acerca de cómo los visitantes eligen su herencia y deja de pensarse en primer término en las colecciones; cuando se pasa de un énfasis taxonómico a un énfasis explicativo, que acepta las ambigüedades y contradicciones, y comienza a intervenir el pensamiento cuestionador y crítico acerca del lugar que ocupan las voces del público como fuente de conocimiento en el desarrollo de las exposiciones, es cuando su función educativa comienza a tener cierto espesor (Alderoqui, 2011).

Se puede señalar que las preocupaciones y prácticas educativas en los museos tienen larga data. En tanto, los libros sobre museos pensados desde la óptica de los visitantes son un fenómeno más o menos reciente. En las últimas décadas del siglo XX los museos hablan de educación, pero en sus estructuras y organizaciones todavía se resisten a la función educativa.

En este sentido, el libro *“La Educación en los museos: de los objetos a los visitantes”*, redactado a dos voces por las destacadas investigadoras Silvia Alderoqui y Constanza Pedersoli, unidas -sin hacer caso a las distintas generaciones de las que forman parte- en el entusiasmo por ese cruce que permite el encuentro entre educación y museo, introducen una pregunta inquietante y movilizadora: ¿Cómo se pasa de modelos estáticos, de narrativa única, monólogos centrados en el conocimiento y en los objetos, donde los visitantes son considerados “no expertos”, a procesos dinámicos, multidisciplinares, que tomen en cuenta múltiples perspectivas en las que predominen el diálogo y el foco en la experiencia de los visitantes? Este interrogante plantea el desafío de definir cómo cada museo identifica a su público privilegiado, aquel en el cual se piensa cuando se conciben y diseñan las exposiciones y actividades.

Como plantea el libro, ya no se trata de los conservadores y curadores que en solitario seleccionan objetos y escriben un texto erudito sobre los mismos. La coordinación de un proyecto de diseño y desarrollo de exposiciones, a diferencia de los roles tradicionales de estos expertos, requiere de un equipo formado por especialistas en diseño y museografía, conservación y educación, edición y producción de textos, en contenido, producción y montaje, producción multimedia, etc. Esta mirada requiere que todos los profesionales de un museo intervengan en diferentes fases del diseño de las exposiciones, con diversos grados de responsabilidad en las tareas y niveles de interpretación, en el diseño espacial y en lo referido a lo que se piensa trabajar. En este punto, las autoras conciben que la reflexión desde la teoría de la museología crítica y la crítica museológica tienen que convertirse en instrumentos que posibiliten nuevas intervenciones sobre el patrimonio en forma respetuosa y congruente en la sociedad, priorizando el cómo y para quiénes trabaja el museo, democratizando el acceso y la producción cultural a partir de la habilitación de otras voces y miradas.

Si los museos desean convertirse en espacios significativos, sus visitantes tendrán que encontrar allí un espacio fructífero de diálogo, con historias que le permitan vivir sensaciones y experiencias transformadoras y vitales.

Las autoras plantean que la curaduría educativa deberá trabajar en la inclusión de la perspectiva educativa en los grupos de desarrollo de exhibiciones, guiándose por la necesidad del visitante. Dicha inclusión presenta nuevos intereses y criterios e influye en el proceso de toma de decisiones. Para que sea eficaz habrá que conjugar los derechos de los visitantes y disolver las barreras; habrá que establecer puntos de inicio que consideren las necesidades de aquellos que están excluidos sabiendo que todo proceso de inclusión generará, a su vez, nuevos procesos de exclusión (que habrá que tener en cuenta).

Como se presenta en el libro, es fundamental que los curadores trabajen la importancia de la construcción de significados ya que éstos permiten reconocer otras maneras en que las personas interpretan, reaccionan, comprenden una idea, un objeto o un texto. Aquí comienza la negociación del significado entre los relatos del museo y las narrativas de sus visitantes.

De lo expuesto se desprende que uno de los aspectos cruciales de la política educativa de un museo tiene que ver con la inclusión de las voces y agendas de los “no visitantes”, de los inhabituales, los incómodos y los indiferentes a las propuestas museológicas. En este sentido, los museos pasan a ser transmisores unilaterales de conocimientos a constructores de nuevas narrativas, producidas tanto por los equipos de cada museo como por los visitantes.

Para poder tener una mirada crítica desde donde los curadores se replanteen la educación en los museos es necesario, como afirman las autoras, recorrer alguno de los momentos de la construcción del campo de la educación en los museos, y dejar planteados los actuales desafíos. Es decir, debemos abordar las multifacéticas caras de la actividad de los guías y mediadores, y las estrategias para la organización de experiencias de visita fluida que a veces confluyen en aprendizaje, imaginación, juego y/o conocimiento.

Este libro es una invitación a liderar, en el museo donde cada uno trabaja, el proceso de construcción de una política educativa en el marco de instituciones que, como campos de relaciones objetivas, subjetivas e intersubjetivas, asuman cada vez más nuevas modalidades discursivas capaces de promover posibilidades de identificación diferentes a las de los modelos tradicionales.

También, las autoras presentan un re-planteo sobre la arquitectura museológica como posibilidades para transmitir contenidos e invitan a analizar las características que deben reunir las alianzas posibles entre educadores de museos y educadores de las escuelas para que las visitas escolares se inscriban en un proyecto de continuidad y equidad extraordinaria.

En resumen, el libro de Alderoqui y Pederzoli, registra el esfuerzo de los educadores por involucrarse y trabajar para desarrollar planificaciones específicas orientadas a la

inclusión de los diferentes públicos atendidos.

Sin dejar de lado su misión tradicional de preservación y colección de objetos, los museos contemporáneos se centran cada vez más en estrategias de exhibición que permitan integrar la experiencia de sus visitantes.

Este marco teórico centrado en el diseño y la gestión de la política educativa en los museos es particularmente significativo en un país como la Argentina, donde el constante cambio no permite la continuidad de un proyecto educativo. En tal aspecto, las herramientas registradas por Alderoqui y Pedersoli permitirían concretar una política inclusiva centrada en el diálogo entre los conservadores/curadores y los educadores haciendo foco en las demandas de los visitantes.

Este rol educativo de los museos es imprescindible para su futuro desarrollo y crecimiento y, dada su prioridad, se debe estar preparado para enfrentar este gran desafío.

Bibliografía

- ALDEROQUI, S. (2008). "Educación en museos, teoría y prácticas". Ponencia presentada en el Museo Nacional de Bellas Artes.
- OCHOA, L. M. (2008). *Los museos: espacios para la educación de personas jóvenes y adultas*. México: Centro de investigación y estudios avanzados.
- SERRAT ANTOLI, N. (2005). "Acciones didácticas y de difusión en museos y centros de interpretación" en SANTACANA MESTRE, J. Y SERRAT ANTOLI, N. (coords.) *Museografía didáctica*. Barcelona: Ariel.